

hermano, y ante aquellos papeles reveladores, repetía:

—¡Va á batirse! ¡El! ¡Y yo soy la causa!—Después, volviendo á meter las cartas y el testamento en el cajón, le cerró, y levantóse, diciendo en voz alta:—No: no será. Yo lo impediré aunque tenga que interponerme entre ellos. ¡No quiero que suceda! ¡No quiero!

Pronunciar estas frases era sencillo. La ejecución ya era más difícil, cosa que comprendió Lydia, pues no bien las hubo pronunciado, se retorció las manos con desesperación,—aquellas manos delgadas que la señora Steno comparaba en una de sus cartas con las patas de un mono; tan frágiles y como desarticulados eran sus dedos demasiado largos,—y lanzó desesperadamente ese „¿Pero cómo?“ que tantos criminales han lanzado ante el resultado, inesperado y funesto para ellos mismos, de sus más refinados cálculos. El poeta lo ha dicho en unos versos que compendian la historia de todas nuestras faltas leves ó graves:

„The Gods are just, and of our pleasant vices,
„Make instruments to plague us...“

“Los dioses son justos, y de los vicios que nos agradan hacen instrumentos para atormentarnos.” Preciso es que esta creencia de la equidad de un incomprendible juez esté bien incrustada en nosotros, pues las almas más fuertes sienten una aprensión singular cuando van á desafiar la casualidad de una desgracia absolutamente merecida. El recuerdo de la predicción de la nigromante se presentó de repente á Lydia. Arrojó otro grito frotándose las manos con un gesto de sonámbula. ¡Veía la sangre de

su hermano! ¡No, aquel duelo no se efectuaría! Pero ¿cómo impedirlo? ¿Cómo?—repetía.—Florent no estaba allí. No podía, pues, suplicarle. Cuando regresara ¿sería aún tiempo? Tampoco Lincoln estaba.

¿Dónde se encontraba? Tal vez en una cita con la Steno. La imagen de esta admirable criatura entre los brazos del pintor, ahogada, abismada en la borrachera de amor que describían sus ardientes cartas, ofrecióse á la imaginación de la mujer envidiosa. ¡Qué

ironía percibir así á aquellos dos amantes, á los que ella hubiera querido anonadar con el éxtasis de la felicidad en sus ojos! Lydia hubiera querido arrancarles estos ojos y pisotearlos con sus talones. Una nueva oleada de odio se desbordó de su corazón. ¡Dios! ¡Cuánto les odiaba y qué impotente era siempre aquel odio! Pero ya encontraría oca-



sión de venganza. Ahora se trataba de otra cosa; de impedir el duelo señalado para el día siguiente de salvar á su hermano. ¿A quién dirigirse? ¿A Dorsenne? ¿A Montfanón? ¿Al Barón Hafner? ¿A Pepino Ardea? Pensó en los cuatro personajes, cuyas visitas, casi simultáneas, le hacían creer que eran los testigos de los dos campeones. Les rechazó uno por uno comprendiendo que ninguno poseía bastante autoridad para arreglar el asunto. Su pensamiento se fijó, en fin, en el mismo adversario de Florent, en aquel Boleslas Gorka, cuya mujer era amiga suya y que siempre había encontrado tan cortés. No era á Florent á quien el amante despedido quería mal. ¿No se dejaría enternecer por las lágrimas? ¿No le diría el motivo de la cuestión y qué paso debía pedir á su hermano que diese para que la disputa se apaciguase? ¿En rigor, no obtendría de Gorka la promesa de descargar al aire su arma, si el duelo era á pistola, ó si era á espada de desarmar únicamente á su enemigo? Parecida en esto á todos los ignorantes, creía infalibles á los que dominaban las armas y tenía las ideas profunda y absolutamente inexactas, propias de su sexo, respecto á las relaciones de un hombre con otro en materia de insultos. Pero ¿cómo han de admitir las mujeres este inflexible rigor en ciertos hechos, que forma el fondo de las relaciones viriles, cuando no le encuentran ni en sus discusiones con los hombres ni en las que entre ellas tienen? Acostumbradas siempre á llamar convención al instinto y razón al sentimiento, están en un estado de falta de comprensión peor que la ignorancia en asuntos de honor. Un duelo, por ejemplo, les aparece como un drama arbitrario que la voluntad de uno de los combatientes cambia á su gusto. No hay, probablemente, palabra más excep-

cional entre los gritos aplaudidos en el teatro que el famoso "¡Ve á batirte!" de la heroína de Angier. Ante semejante perspectiva de cien mujeres, una pronunciaría tal vez esta frase, aun con la esperanza de no ser escuchada. Las noventa y nueve restantes tendrían la misma idea que Lydia. Co-



rrer á casa del adversario del hombre á quien aman y pedir, implorar su vida. Añadamos que la mayor parte no lo ejecutarían, limitándose á esconder llorando alguna medalla bendita en el chaleco de su protegido, recomendándole á la Providencia. Lydia tuvo el sentimiento de que si alguna vez Florent sabía el paso que ella iba á dar cerca de Gorka, se llenaría de indignación. Pero Lydia sentía una de

esas fiebres de espanto y de remordimientos, demasiado aguda para no obrar, costara lo que costara. Le anunciaron que su carruaje estaba dispuesto y subió á él dando la dirección del palacio Doria. ¿En qué términos abordaría al hombre á quien iba á hacer aquella audaz y loca visita? ¡Ah! ¡Qué le importaba! Las circunstancias la inspirarían. Su voluntad de evitar el lance era tan fuerte que no dudaba del buen éxito. Sintió, pues, un golpe en el corazón, cuando el portero del palacio le respondió que el Conde había salido, mientras que en el mismo momento una voz alegre la llamaba. Era la Condesa Maud Gorka que volvía de paseo con su niño y que reconoció el cupé de Lydia y la dijo:

—¡Qué buena idea he tenido de volver un poco antes! Veo que ha tenido usted miedo de la tempestad, como nosotros, puesto que ha salido usted en coche cerrado. ¿Va usted á subir un momento? Y viendo que la joven, á quien había cogido la mano, estaba temblorosa, añadió:

—¿Pero qué tiene usted? Parece que está usted mala. ¿No se siente usted bien? ¡Dios mío! ¿Qué tendrá? Luc, —añadió dirigiéndose á su hijo, —sube corriendo y haz que bajen el frasco de sales inglesas. Rosa sabe cuál es. Anda, anda pronto.

—No es nada—respondió Lydia, que había, en efecto, cerrado los ojos como si fuera á desvanecerse.—Vea usted, ya estoy mejor. Voy á regresar á mi casa. Será lo más prudente.

—Yo no la dejo á usted—dijo Maud, que tomó asiento efectivamente en el carruaje. Hizo aspirar á la señora de Maitland el frasco de sales que la habían traído, hablándola así como á una niña enferma:

—¡Pobrecilla!... ¡Tiene las mejillas encendidas!...

¡Iba usted á hacer visitas en ese estado!... ¡Es poco razonable!... Calle de Leopardi—gritó al cochero,— ¡y de prisa!

El carruaje partió, y la señora Gorka continuaba estrechando las manos de Lydia, á la que daba ese tierno nombre, bien irónico en las circunstancias, de "¡Pobrecilla!" Era Maud una de esas mujeres, que abundan en Inglaterra para honor de la sana y fuerte civilización británica, que son á la vez todo energía y bondad. Era tan alta y robusta como Lydia delgada y baja, y le hubiera más bien llevado hasta su lecho en sus brazos vigorosos de jugadora de *tennis*, que abandonarla en el estado en que la había sorprendido. Tan práctica, y, como dicen sus compatriotas, tan *mather of fact*, como caritativa, comenzaba á preguntar á la enferma acerca de los síntomas que habían precedido á aquella crisis, cuando vió de repente, con estupor, contraerse aquel rostro ya alterado, salir lágrimas de sus ojos y excitarse aquel cuerpo entre sollozos. Lydia tenía un verdadero ataque de nervios causado por la ansiedad, la nueva decepción que la causaba la ausencia de Gorka, y sin duda también por la dulzura con que la hablaba Maud, y desgarrando su pañuelo con sus blancos dientes, gemía.

—¡No... no estoy enferma!... Es que no puedo soportar esta idea. ¡No! ¡No puedo! ¡Ah!... ¡Me va á volver loca!—Y volviéndose á su compañera, á su vez la estrechó las manos, diciéndola:—Pero, ¿no sabe usted nada? ¿No sospecha usted, pues, nada? Esto me acaba de enloquecer. ¡Verla á usted tan tranquila, tan en calma, tan dichosa, como si los minutos no se contaran hoy por triple ó cuádruple, lo mismo para usted que para mí! Pues en fin, si el uno es mi hermano, el otro es el marido de usted. Y

usted le quiere. Es preciso que usted le quiera para perdonarle lo que le ha perdonado.

Había hablado con la especie de borrachera de su extrema sobreexcitación nerviosa, y aunque por costumbre era disimulada, había manifestado el fondo de su pensamiento. No creyó decir nada nuevo á la señora de Gorka con aquella alusión tan directa á las relaciones de Boleslas con la señora Steno. Estaba persuadida, como todo Roma, que Maud sabía á qué atenerse respecto á las infidelidades de su marido, y que las toleraba por uno de esos heroicos sacrificios que la maternidad justifica. ¡Cuántas mujeres han inmolado así su orgullo de esposa, para sostener un hogar del que el padre no deserta, oficialmente al menos! Todo Roma se engañaba, y Lydia Maitland iba á tener una prueba inesperada de ello. Nunca la sospecha de que una intriga semejante pudiera unir á su marido á la madre de su mejor amiga había atravesado el pensamiento de la mujer de Boleslas. Pero para comprenderlo así, preciso hubiera sido admitir y comprender también la inocencia que conservaba, á pesar de sus veintiseis años, aquella hermosa y sana inglesa, de ojos claros y cándidos. Era de esas honradas personas que imponen respeto á los más atrevidos de los hombres, y ante quienes las mujeres más desvergonzadas en su conversación procuran comportarse decentemente. Jamás había recibido una de esas confidencias verdaderas que por analogía esclarecen el fondo de tantas existencias correctas, aunque no muy limpias. Pudo atravesar la libre atmósfera de la señora Steno sin perder la flor de su ilusión; anomalía que tenía mucho de la naturaleza especial de su inteligencia. No gustaba más que de las conversaciones positivas, y siendo muy instruí-

da, estaba en absoluto desprovista de la curiosidad de los caracteres. Dorsenne decía de ella, con más justicia de lo que pensaba: "La señora Gorka está casada con un hombre que nunca le ha sido presentado"; significando con esto que no tenía, en primer lugar, idea alguna del carácter de su esposo, y además de las traiciones de que era víctima. El novelista, sin embargo, no acertaba de un modo completo. La falta de sinceridad de Boleslas era demasiado constante para que una criatura apasionada, leal como su mujer era, no sufriese por esta causa. Pero hay un abismo entre sufrimientos de esta clase y la intuición de un hecho determinado como el que Lydia acababa de indicar, y esta sospecha estaba tan lejos del espíritu de Maud, que las frases de su compañera no despertaron en ella más que el terrible asombro ante un misterioso peligro, del que el estado de Lydia era una prueba aún más elocuente que sus palabras.

—¿Su hermano de usted?... ¿Mi marido?... No la comprendo á usted.

—Naturalmente—respondió Lydia.— El le ha ocultado á usted, como Florent me lo ha ocultado á mí. Pues bien; se baten mañana por la mañana. No tiemble usted—continuó, estrechando á Maud en sus brazos.—Seremos dos á impedirlo, y lo impediremos.

—¿Se baten?... ¿Mañana por la mañana?—repetía Maud estupefacta.—¿Boleslas se bate mañana con su hermano de usted?... ¡No!... ¡Es imposible! ¿Quién se lo ha dicho á usted? ¿Cómo lo sabe usted?

—He visto la prueba por mis propios ojos—respondió Lydia.—He leído el testamento de Florent. He leído las cartas que él ha escrito para Maitland y para mí, por si le sucedía una desgracia. ¿Pero

estaría yo en el estado en que usted me ve si no fuera verdad?

—¡Oh! La creo á usted!—exclamó Maud, apretando sus manos contra sus párpados, como para sofocar una visión siniestra.—Pero, ¿dónde se han visto? Hace apenas dos días que Boleslas ha llegado... ¿Qué ha pasado entre ellos? ¿Qué se han dicho? No se arriesga la vida por nada cuando se tiene, como Boleslas, una mujer y un hijo. Respóndame usted. Dígamelo usted todo. Quiero saberlo. ¿Qué hay en el fondo de ese duelo?

—¿Y qué quiere usted que haya sino esa mujer?—interrumpió Lydia, que pronunció estas últimas palabras con más salvaje desprecio que si hubiera escupido públicamente al rostro de la Condesa Steno. Pero este nuevo acceso de su cólera cayó ante la sorpresa que le causó la respuesta de la señora Gorka.

—¿Qué mujer? Le comprendo á usted menos que antes.

—Cuando entremos en mi casa hablaré,—dijo Lydia después de haber mirado á la otra con un estupor que era el más terrible comentario para la que se veía mirada de aquel modo.

Esta respuesta estaba justificada por el hecho de que en aquel momento el coche daba la vuelta al ángulo de la calle Leopardi. Calláronse las dos mujeres. Ahora era Maud la que tenía necesidad de que una caritativa amiga se inquietase por ella; de tal modo habían agitado su espíritu las últimas palabras de Lydia. Aquella compañera cuyo brazo rozaba el suyo en el coche y que tanta lástima le había causado un cuarto de hora antes, la causaba miedo al presente. En aquella criatura, cuyas pequeñas narices palpitaban de pasión, cuya boca se

plegaba con amarga expresión, y cuyos ojos brillaban de furor, no reconocía á la pequeña señora de Maitland, tan taciturna, tan reservada, que pasaba por insignificante. ¿Qué le iba á decir aquella voz tan musical habitualmente, tan nerviosa y dura desde que le había revelado el gran peligro suspendido sobre Boleslas? ¿A qué mujer había hecho alusión, y qué significaba aquella reticencia repentina? Lydia se daba demasiada cuenta de la turbación extraordinaria que acababa de hacer nacer en Maud, sin la menor premeditación, ciertamente, y con una absoluta inconsciencia. Durante un momento tuvo la idea de que decir más á una mujer tan evidentemente engañada era un nuevo crimen. Pero al mismo tiempo advirtió que una revelación completa podía traerle dos resultados ciertos; desilusionando á la señora de Gorka, hacía de ésta una mortal enemiga de la Condesa Steno, y, por otra parte, jamás esta mujer, profundamente apasionada de su marido, le dejaría ir á batirse por una antigua querida. Así es que, cuando entraron en el saloncillo del hotel Morisco, Lydia había tomado su resolución. Estaba decidida á no ocultar nada de lo que sabía á la desdichada Maud, que la preguntó con el corazón palpitante y con un acento ahogado por la emoción:

—Y ahora, ¿me explicará usted lo que ha querido decir?

—Pregúnteme usted —dijo Lydia.—La responderé á usted. He ido muy lejos para retroceder.

—¿Pretende usted que una mujer es la causa del duelo entre su hermano y mi marido?

—Estoy segura.

—¿Y quién es esa mujer?

—La señora Steno.

—¿La señora Steno? —repitió Maud.—¿Cata-

lina Steno es la causa de ese duelo? ¿Y cómo?

—Porque es la querida de mi marido— respondió Lydia brutalmente —como ha sido la querida del de usted, porque Gorka ha vuelto aquí loco por los celos á provocar á Lincoln, y se ha encontrado con mi hermano, que le ha impedido entrar. Iban disputando no sé en qué términos. Pero sé que este es el motivo del duelo. ¿Tengo ó no el derecho de decirle á usted que se baten por esa mujer?

¡La querida de mi marido! —exclamó Maud.— ¿Dice usted que la señora Steno ha sido la querida de mi marido? ¡No! ¡Eso no es verdad! ¡Miente usted! ¡Miente usted! No lo creo.

—¿No me cree usted?— dijo Lydia encogiéndose de hombros.— ¡Como si yo tuviese el menor interés en engañarla á usted! ¡Como si se mintiese cuando se trata de la vida del único ser á quien se quiere en el mundo! ¡Pues hoy tengo á mi hermano y mañana tal vez no le tendré! Pero usted me creerá. Quiero que seamos dos para vengarnos, como somos dos para evitar ese duelo, del que, se lo repito á usted, ella es la causa, la única causa. ¿No me cree usted? ¿Sabe usted quién ha hecho volver á su marido, pues usted no le esperaba, confíeselo usted? He sido yo, yo, que le he escrito lo que hacían Lincoln y la Steno, día por día; su amor, sus citas, su dicha... ¡Ah! Estaba segura de no golpear en el vacío, y él ha vuelto. Ha atravesado toda la Europa para vengarse. ¿Es esto una prueba?

—Usted no ha hecho eso— exclamó la señora Gorka retrocediendo con horror.—Es mucha infamia.

—Sí... Lo he hecho— repitió Lydia con un feroz orgullo.—¿Y por qué no? Era mi derecho, puesto que me robaba á mi marido... No tiene usted más que buscar en el sitio donde Gorka guarda sus cartas, y

las encontrará usted allí, seguramente, junto á las de esa mujer, pues la pobre tiene la manía de escribir. ¿Me cree usted ó repetirá usted aún que he mentado?

—Jamás— respondió Maud con indignación dolorosa que se reflejaba en su rostro leal.—No; jamás descenderé á esa bajeza.

—Pues bien. Yo descenderé por usted— dijo Lydia.—Lo que usted no osa hacer lo haré yo, y usted será la que me pida ayuda para vengarse. Venga usted.—Y cogiendo por la mano á la otra, estupefacta, la arrastró al estudio de Lincoln, donde en aquel momento no había nadie. Llegó á uno de esos muebles españoles de forma árabe que se llaman bargueños, y abrió la portezuela, pintada de púrpura y oro. Hizo jugar unas tablitras que descubrieron un cajón secreto, en el que se encontraba un paquete de cartas, que cogió. Maud Gorka la miraba entregarse á esta tarea de Judas con el mismo horror y espanto que si viese á alguno matar y robar. Aquella alma honrada rebelábase contra la escena de que era casi cómplice por su sola presencia. Pero al mismo tiempo era presa, como su marido algunos días antes, de ese frenético apetito de saber la verdad, que viene á ser en ciertas crisis agudas de duda una necesidad física, como un grito de nuestra naturaleza sentimental, tan imperioso como el hambre ó la sed, y escuchaba á la terrible hermana de Florent Chaprón.

—¿Será una prueba cuando lo vea usted escrito por ella misma? Sí, —continuó con una ironía cruel.— Le gusta mucho la correspondencia á nuestra dichosa rival. Preciso es hacerla la justicia de que no escatima las confesiones en sus cartas. Escribe como siente. Parece que el sucesor había estado celoso del predecesor.—Tenga usted: ¿es

esto una prueba?—Y después de haber ojeado las primeras cartas como una persona acostumbrada á estudiar en el legajo aquél, tendió á Maud uno de estos papeles del que la otra no tuvo ánimos para apartar los ojos. Lo que vió escrito sobre aquella hoja le arrancó un grito de agonía. No había, sin embargo, leído más que unas diez líneas, las que —entre paréntesis,—probaban cuánto el psicólogo Dorsenne se había equivocado al creer que Maitland ignoraba las antiguas relaciones de su querida con Gorka. La grandeza de la señora Steno, lo que hacía de ella una mujer animosa en sus pasiones, hasta el heroísmo, era una sinceridad absoluta, y un disgusto por las pequeneces habituales en la galantería. Le hubiera repugnado negar á un nuevo amante el conocimiento de su pasado, y las confesiones á medias, propias de la raza femenina, le parecían de una cobardía peor aún. No había, pues, procurado ocultar á Maitland las relaciones que por él rompía, y precisamente en una de las cartas en que hablaba de esto habían caído las miradas de la señora Gorka. “Estarás contento de mí —decía, —y ya no veré más en tus ojos azules, que yo beso y amo á nuestro modo, ese rayo de desconfianza que me hace tanto mal. He cortado mi correspondencia con G. Si tú lo exiges, hasta me malquistaré con Maud, á pesar de la razón que tú sabes y que me lo hace difícil. ¿Estarás aún celoso? ¿Mi franqueza sobre estas relaciones no es la más segura garantía de que han concluido? No tengas, pues, celos. Comprende que aunque he creído amar, mi vida ha comenzado realmente el día en que tú me has cogido en tus brazos. Nadie ha conocido la mujer que tú has despertado en mí.”

—Escribe bien, ¿no es verdad?—dijo Lydia, con

expresión de salvaje triunfo en sus pupilas. — ¿Me cree usted ahora? ¿Comprende usted que hoy nuestro interés es común, que tenemos la misma afrenta que vengar? Y la vengaremos. ¿Comprende usted que no puede dejar que su marido se bata con mi hermano? Esta arma me la debe usted á mi. Amenácele usted con el divorcio. La fortuna la favorecerá á usted. Se quedará usted con su hijo. Pero impedirá usted el duelo. ¿Me lo promete usted?

—¡Ah! ¿Qué quiere usted, que al presente me importe que se bata ó no?—dijo Maud.—¿Desde el momento en que me ha engañado así durante tanto tiempo, no soy viuda? No se acerque usted—añadió mirando á Lydia mientras un sentimiento de repulsión agitaba todo su ser.—No me hable usted más. Me inspira usted tanto horror como él. Déjeme usted partir. Alejarme de aquí. Solamente el estar en la misma habitación que usted me hace mucho daño. ¡Ah!, ¡qué vergüenza!

Y había retrocedido hacia la puerta fijando en Lydia una mirada que ésta sostuvo, á pesar del desprecio que en ella había. Maud salió repitiendo: “¡Qué vergüenza!” sin que Lydia la dijese nada; tanto la había paralizado aquel resultado tan diferente al que esperaba.

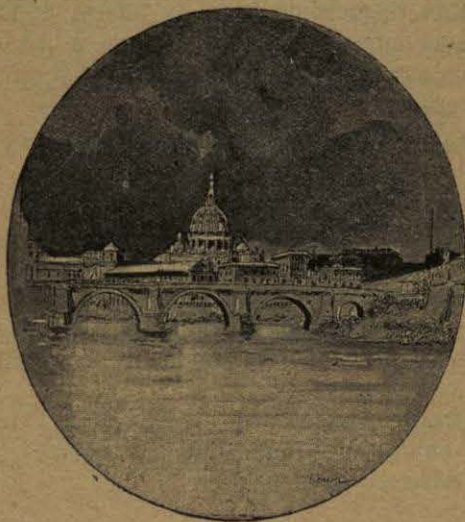
Pero la terrible criatura no era de condición de abismarse en los disgustos ó remordimientos. Durante algunos momentos quedó pensativa. Después, estrujando nerviosamente entre sus manos la carta que había mostrado á Maud, á riesgo de que aquel papel arrugado la denunciara á su marido, dijo en voz alta:

—¡Cobarde! ¡Qué cobarde es! Ella ama. Perdona. ¿No habrá, pues, nadie que me ayude? ¿Nadie que les destruya su dicha?

Y después de una nueva meditación, con el rostro más contraído aún, arrojó las cartas en el cajón, que cerró, y media hora más tarde ordenaba á un mozo que llevase una carta dirigida al inspector de policía del barrio, en la que le avisaba del duelo concertado para el siguiente día, así como de los nombres de los dos adversarios y de los cuatro testigos. Si no hubiera sido por temor á su hermano, hubiera firmado la carta sin vacilar.

—He debido comenzar por aquí — se dijo. — En cuanto á mi marido, ¡si yo le contase lo que pasa! No, no le pediré nada. Le odio demasiado. Y concluyó con una risa feroz, que descubrió sus dientes. —Es igual. Preciso será que Maud Gorka trabaje conmigo á pesar suyo. Siempre habrá una persona á quien no perdonará. A la Steno.

Y, no obstante su atroz inquietud, aquella alma cruel temblaba de alegría á la idea de su obra.



VIII

Sobre el terreno.

Cuando Maud Gorka salió del hotel de la calle de Leopardi, marchó primero en línea recta, rápidamente, ciega, sin oír nada, como un animal herido por una bala en su cama, que baja á lo largo de los jarales para huir del peligro, para huir de su herida, para huir de sí mismo. Ciertas sorpresas del dolor moral son parecidas en su efecto inmediato á las del dolor animal. En uno y en otro caso existe el sobresalto de la vida herida en lo más profundo y que tiembla con un espasmo casi frenético. Eran poco más de las tres y media cuando la desdichada mujer huyó del estudio, incapaz de soportar la presencia de Lydia Maitland, de aquella